

que hemos mencionado; solo que dijo después de hablar de ellos que los había propuesto demasiado tarde. En la situación angustiosa de 1689 invitó a los soberanos de Europa a tomar las armas contra los turcos, y excitó a Luis XIV a fijar su atención en los brazos que le alargaba el Nilo. A pesar de esto quedaron ocultas sus memorias relativas a la expedición contra el Egipto; ni Napoleón Bonaparte supo nada de ellas cuando emprendió su expedición de conquista, y solo en 1803 tuvo noticia de su existencia el general Mortier cuando la ocupación de Hanover por los franceses, en cuyo archivo se hallaron las memorias de las cuales Mortier envió copias a Bonaparte a París.

Estos proyectos que habían nacido en la corte de Maguncia no dieron tampoco ningún resultado práctico en el tiempo de su concepción, porque no pudo auxiliarse de esta manera ni a la república holandesa ni a la paz de Europa amenazada; pero fuera de esto hubo otra parte del imperio alemán donde se echó mano de medios más enérgicos para oponerse a la brutalidad francesa.

Había prescindido Luis XIV de la alianza de un soberano alemán, el elector Federico Guillermo de Brandeburgo, alianza que habría sido preferida por el rey de Francia a todas las demás.

Desde el convenio del mes de diciembre de 1667, en el cual el elector había estipulado su neutralidad en la guerra de devoción en cambio de concesiones francesas en el asunto de la elección del rey de Polonia, las relaciones entre el citado elector y la Francia habían continuado siendo constantemente amistosas. El elector no había entrado en la triple alianza y se había aproximado gradualmente más y más a la corte de Versalles hasta que finalmente firmó con el gobierno francés en 31 de diciembre de 1669 un tratado secreto por el cual se obligó a favorecer las pretensiones francesas en la gran cuestión de la sucesión española. Si a la muerte del rey de España se viera Luis XIV en el caso de hacer valer con las armas su derecho sobre los Países Bajos españoles, el elector se obligaba por lo pronto por diez años a prestar auxilio al rey de Francia con un cuerpo de 10,000 hombres mandados, si posible fuese, por el mismo elector, recibiendo en cambio un subsidio de 400,000 talers pagaderos en diez anualidades, otros 150,000 talers para los enganches, y además la promesa de que se le cederían de las comarcas entonces españolas las ciudades y fortalezas de Guedres, Venloo y Roermonde con sus respectivos territorios (1).

Con mucha previsión y prudencia procuró Federico Guillermo en este tratado el redondeamiento futuro y conveniente de su ducado de Cléveris, al cual de esta manera excluía del botín de la herencia española: la línea del Mosa. Creyendo el mundo entonces muy próxima la presentación y solución de la cuestión de la herencia española, Luis XIV pudo pensar también haber ligado con este tratado al soberano de Brandeburgo haciéndole ó bien inofensivo para todo lo demás, ó bien auxiliar obediente como tantos otros soberanos alemanes.

Pronto tuvo que convencerse de que el elector de Bran-

(1) Este tratado de alianza, que no se halla mencionado en Pufendorf, ha quedado hasta muy recientemente secreto, siendo publicado por primera vez en los *Tratados* de Morner, pág. 691. En el documento de ratificación de Luis XIV, que acompaña en la citada obra al tratado, pág. 696, amplió el rey de Francia por su propia voluntad («pues así nos place») la promesa del aumento de territorio a favor del elector con todo el territorio del ducado de Guedres situado en la orilla derecha del Mosa, exceptuando una pequeña plaza. En todo el tratado no se dice ni una sola palabra respecto de promesas relativas a Jagerndorf ni de la evacuación de Orsoy, que menciona Droysen, tomo III, pág. 268.

deburgo no era un auxiliar por el estilo de los demás príncipes de Alemania. Al mismo tiempo que el embajador francés Haubrun con el cual el elector había cerrado aquel convenio, había llegado a Berlín el ministro del elector de Colonia, aquel Guillermo de Furstenberg de quien hemos hablado, el cual presentó proposiciones en nombre de su elector, pero de todos modos de acuerdo con el gobierno francés, invitando al elector de Brandeburgo a aliarse con el rey de Francia y el elector de Colonia, ya que de todos modos era inevitable la guerra entre Francia y Holanda. En apoyo de sus proposiciones trató Furstenberg de convencer al brandeburgués de que, tomando una parte eficaz en la guerra los soberanos poderosos de la Europa occidental, se impediría al rey de Francia quedarse con todo el botín. Presentó, pues, un proyecto de reparto formal de los Países Bajos, según el cual la Francia debía recibir el territorio al Oeste del Mosa; el elector de Colonia recibiría la provincia de Utrecht; el obispo de Munster, el Isel superior; el elector de Brandeburgo a Guedres y Zutphen; la casa de Brunswick-Luneburg la provincia de Frisia, el conde palatino de Neuburg a Groninga, y finalmente la casa de Orange la Holanda y la Zelanda. A fin de mantener unido el antiguo Estado de las provincias unidas debían estar constituidas en forma de principados unidos en una forma nueva y más monárquica (2).

El brandeburgués no opuso al ministro de Colonia ninguna negativa brusca; al contrario, el gobierno de Berlín fingió tratar seriamente el asunto haciendo algunas adiciones al proyecto y pareció dejar la puerta abierta para entrar en la alianza, pero en realidad no tuvo el elector la menor intención de prestar su apoyo al proyecto fantástico, si bien no pudo dejar de conocer que las cosas empezaban a tomar un aspecto serio. Por este motivo envió como embajador suyo a París a Lorenzo de Krockow en 1670, a fin de sondear allí el terreno. El embajador comprendió desde luego en París que la guerra contra la Holanda era cosa decidida, que solo faltaba fijar el tiempo en que estallaría, y que los ministros franceses rechazarían por completamente ociosa toda tentativa de mediación con la república holandesa. El elector de Brandeburgo, en vista de estas noticias, las comunicó al gobierno del Haya, al cual también ofreció su mediación, que fué rechazada con agradecimiento ceremonioso, pero frío, conforme lo exigía el espíritu dominante en Holanda respecto de la amistad sospechosa del brandeburgués.

El resultado fué que el brandeburgués se halló con las manos libres entre los dos Estados cuyo choque debía ser muy pronto la señal de una gran crisis europea.

Cierto que el soberano de Brandeburgo podía conseguir grandes é inmediatas ventajas asociándose a la liga ofensiva francesa contra la Holanda, y los diplomáticos franceses enviados a Berlín, primero Verjus y después Guiche, nada omitieron para recordar al elector las injusticias que le habían hecho sufrir en todo tiempo los Países Bajos. Esto por lo demás se tenía muy presente en Berlín, sobre todo cuando los gobernantes del Haya trataron de atropellar al elector con motivo de una antigua deuda pública reclamando intereses acumulados, y apoyando disimuladamente a los estamentos de Cléveris en su resistencia insolente contra su soberano. También recordaba por supuesto el elector la negativa del gobierno holandés de restituir a su soberano las fortalezas de Cléveris, y finalmente tenía muy presente la conducta que observaban los gobernantes holandeses con

(2) Véanse más pormenores sobre las proposiciones de Furstenberg en la obra de Pufendorf, tomo XI, párrafo V; Ennen: *La Francia y el bajo Rin*, tomo I, pág. 234; Droysen, tomo III, pág. 220.

la casa de Orange. De todo esto ofrecía la alianza francesa venganza y mejora, sin contar los beneficios indirectos que podían resultar.

Pero Federico Guillermo resistió a todos estos pensamientos seductores, y con su inteligencia penetrante comprendió el engaño y se mostró igualmente firme cuando las seducciones se cambiaron en amenazas.

El elector fijó su consideración en lo que demandaba en aquellas circunstancias su propio interés, y observó con sano criterio que para el poder de Brandeburgo en el bajo Rin sería positivamente funesto que la monarquía francesa, ya demasiado poderosa, derribara la república de Holanda, la despedazara y quizás la borrara enteramente de la lista de las potencias europeas, poniendo en su lugar el señorío francés. Estas reflexiones tenían una importancia más general para la Alemania y aun para toda la Europa; porque si conseguía Luis XIV destruir el Estado holandés, sería inmensa la preponderancia francesa en toda la Alemania donde la Francia había ocupado como cosa propia las posiciones dominantes en el bajo Rin y en las embocaduras de aquel río. Quedaría, pues, quebrantada la independencia del imperio alemán tanto en el concepto político como en el militar y el mercantil. Se refiere del elector Federico Guillermo la frase de que en tal caso podría llegar el día de que Luis XIV mandara encerrar a soberanos alemanes en la Bastilla como encerraba a sus grandes franceses. ¿Y qué esperanzas dejaría al imperio alemán la omnipotencia de la política mercantil é industrial francesa? En comparación con ella parecía soportable y muy llevadero el peso del comercio holandés. «El comercio alemán vive con la república holandesa, y moriría con ella.» Se trataba del equilibrio europeo y no podía ocultarse a nadie que de esta complicación podía resultar el mayor peligro para el protestantismo; pues en la corte de Francia se erguían cada vez más poderosas las tendencias de la propaganda católica. Se declaró francamente uno de los objetos más importantes de la guerra la recuperación de los bienes de la iglesia católica robados por los herejes holandeses. No menos robustas eran las antipatías católicas contra los holandeses en la corte imperial de Viena.

En Inglaterra la dinastía de los Estuardos amenazaba a la religión y la iglesia de los ingleses, y la Suecia protestante estaba a sueldo de la Francia: ¿cómo podía, pues, mirarse con calma que se jurara la ruina del más firme baluarte de la religión reformada en las provincias de los Países Bajos?

A pesar de estas reflexiones era difícilísimo decidirse: se necesitaba una resolución muy poderosa para desenvainar la espada contra la Francia, con la cual acababa de celebrar el elector de Brandeburgo un tratado de subsidios. En la corte de Berlín luchaban las opiniones más encontradas (1). Las clases militares deseaban decididamente emprender la lucha en unión de los holandeses contra la Francia, y muchos oficiales dijeron que preferían tomar su licencia y pelear en las filas holandesas a contemplar la guerra como neutrales. El espíritu era guerrero y hostil a la Francia en todo el ejército, incluso los generales más distinguidos como Derflinger, Sparr, Eller, Polnitz, etc. Otros personajes se opusieron igualmente con decisión a toda alianza de guerra con los holandeses, como el ministro más influyente Oton de Schwerin y los consejeros políticos más elevados como Somnitz y Jena, que abogaban en favor de una inteligencia con Francia, estando también a favor de Francia la electora

(1) Peter: *La guerra del gran Elector contra la Francia en 1672 a 1675* (Halle, 1870, pág. 27).

Dorotea (2). Entre estas opiniones encontradas, el elector después de mucho vacilar, pero haciéndose perfectamente cargo del riesgo, resolvió acudir a la defensa de la república holandesa amenazada. No fué él el único príncipe alemán que se hizo perfectamente cargo del peligro de la situación general; pero fué el único que tuvo el valor de obrar conforme a su convicción.

Solo después de mucho titubear se decidieron los gobernantes de Holanda a aceptar la mano que les ofrecía el soberano brandeburgués. *Sero sapiunt Phryges*, escribió uno de ellos (3).

En enero de 1672 se presentó en Berlín el barón de Amrougen como embajador de Holanda para hacer el tratado de alianza con el elector; se necesitaron muchos meses para fijar los subsidios que la Holanda debía darle y el número de tropas que él debía facilitar; pero negándose también obstinadamente los holandeses a evacuar las fortalezas de Cléveris, conformóse el elector, para poner fin a las negociaciones y por pura generosidad, como dijo el diplomático holandés, de suerte que el 6 de mayo de 1672 pudo firmarse el contrato de alianza. En este tratado el elector se obligaba a auxiliar a los Países Bajos en caso de un ataque (no se nombraban los agresores, que se suponían) con un ejército de 20,000 hombres de infantería y caballería, y la artillería necesaria, mientras los Estados generales pagarían la mitad de los gastos de enganche y del sueldo de la tropa. Este ejército debía estar pronto a entrar en campaña dentro de los territorios de Westfalia en el plazo de dos meses, encargándose el elector en persona de su dirección siempre que no lo impidieran enfermedad ó fuerza mayor, y prometiendo declarar abiertamente la guerra al agresor (4).

Era ya tiempo de decidirse, porque la guerra había principiado algunos meses antes a manera de preludio, habiendo atacado una escuadra inglesa dirigida por Holmes a una flota holandesa de comercio, que escoltada por seis buques de guerra regresaba de Esmirna con rico cargamento. La sorpresa se efectuó cerca de la isla de Wight, y hasta varios días después de este acto de piratería, en 28 de marzo de 1672, no publicó el gobierno inglés su declaración de guerra. La de Francia fué publicada el 6 de abril é inmediatamente después la del obispo de Munster y del elector de Colonia. En los primeros días de mayo se efectuó el ataque general, teniendo los Países Bajos por único aliado activo al elector Federico Guillermo de Brandeburgo.

CAPITULO III

LA GUERRA CON HOLANDA A ORILLAS DEL RHIN Y EN WESTFALIA

Las primeras semanas y los primeros meses de la guerra ofrecieron peripecias y vicisitudes grandes y conmovedoras, de las cuales solo podemos trazar aquí las más principales (5).

Contra un país mal defendido y presa de discordias intes-

(2) Era ésta la segunda esposa de Federico Guillermo desde 1668, hija del duque de Holstein-Glucksburg y viuda del duque de Brunswick-Luneburg. La primera esposa del elector fué Luisa Enriqueta, princesa de Orange, que había muerto en 1667.

(3) Lefevre-Pontalis, tomo II, pág. 169.

(4) Véase el tratado en la colección de Morner, pág. 359, y véase también H. Peter, pág. 38.

(5) Véase para lo que sigue la gran colección de materiales de Valkenier: *Diarium Europaeum, Documentos y actas* para la historia del elector Federico Guillermo, las obras históricas holandesas de Sylvius, Basnage, Wicquefort, y las repetidas veces citadas de Mignet, Rousset, Lefevre-Pontalis, Ranke, Droysen, H. Peter y otros.

tinias, se puso en campaña uno de los ejércitos mas numerosos y mejor armados que hasta entonces habia visto la Europa, dirigido por generales como Condé y Turena, y auxiliado por la escuadra inglesa unida á la francesa. Además muchos soberanos alemanes combatian al lado de los franceses, los cuales tenian abiertos los países fronterizos alemanes para efectuar su ataque con mayor facilidad.

Con gran habilidad Luis XIV habia dejado hasta el último momento al enemigo en la incertidumbre del lugar por donde empezaría á dar el golpe decisivo. Fué, pues, grande la sorpresa de los holandeses cuando vieron que dejaba á un lado la fortaleza de Maestricht, su plaza de armas mas importante y mejor pertrechada en el Mediodía. En efecto, Luis XIV, contentándose con tener en jaque la fuerte guarnicion de Maestricht por medio de una fuerza suficiente para bloquear la plaza, dirigió el ejército francés hácia el bajo Rhin para penetrar por este lado en el interior de la república holandesa. La consecuencia fué que los primeros hechos de armas del ejército francés se efectuaron en territorio del imperio alemán.

En los primeros dias de junio penetraron en el ducado de Cléveris, Turena por la orilla izquierda y Condé por la orilla derecha del Rhin, para apoderarse por lo pronto de las plazas ocupadas por guarniciones holandesas. Estas fortalezas, que debian guardar como obras avanzadas la frontera de Holanda, no llenaron de ningun modo su objeto, porque mal guarnecidas y peor pertrechadas cayeron todas en pocos dias, casi sin resistencia, en poder de los franceses. Orsoy fué la primera que sucumbió, tras de ella tocó igual suerte á Buderich, luego cayó Rheinberg, reclamada por el elector de Colonia; la plaza de Wesel, muy fuerte y con una guarnicion de 1,500 hombres, se entregó sin resistencia; Rees y Emmerich siguieron el mismo ejemplo, y una vez en marcha los franceses ocuparon tambien otras ciudades de Cléveris que encontraron en su camino y que no tenian guarniciones holandesas.

Con esto quedó abierta la entrada hasta mas allá de la frontera holandesa. El ejército principal holandés, mandado por el príncipe Guillermo de Orange, ocupaba la línea del Issel, donde se habia fortificado esperando el ataque principal; pero la estrategia francesa volvió á engañar al enemigo, porque los franceses, en lugar de pasar el Issel, pasaron por el bajo Rhin (el Leck), forzando el paso cerca del mal defendido Tolhuis, y se dirigieron por la Betuwe casi sin encontrar resistencia hácia las fronteras de la provincia de Holanda.

La direccion holandesa de las operaciones de guerra presentó ante este ataque enérgico la imágen de la consternacion y de la confusion mas espantosa; no habia direccion unida; el desaliento y la desconfianza mútua de los jefes paralizaron toda resolucion, y el joven Guillermo de Orange mereció serias censuras porque le faltaba hacer su aprendizaje; pues desde el paso de los franceses por el Rhin abandonó la fuerte posicion en la línea del Issel, y en lugar de tener reunidas sus fuerzas y de conducir las con todo el empuje posible contra el enemigo, las dividió de la manera mas imprudente en pequeños grupos que nada útil podian hacer, accediendo á los deseos de las diferentes provincias amenazadas que pedian proteccion y querian ver empleados en su servicio los regimientos que respectivamente pagaban. Entretanto que Luis XIV emprendia el ataque contra la provincia de Holanda para dar el golpe decisivo á toda la república, los estamentos del Issel superior, de Groninga y de Frisia se negaron á que sus regimientos se dirigieran á Holanda y los retuvieron para proteger solamente las fronteras de sus propias provincias. La autoridad superior de Witt

estaba quebrantada y la del príncipe de Orange no se habia consolidado todavia; y así se reveló de una manera evidente la impotencia de aquella federacion de provincias sin jefe verdadero (1).

En esta situacion solo eran posibles un combate y una defensa eficaces si la escuadra holandesa sostenia su antigua fama. Con esta intencion el almirante Ruyter presentó á la escuadra anglo-francesa reunida en la costa oriental de Inglaterra entre Yarmouth y Harwich, y allí le dió el 7 de junio la famosa batalla de Solsbay que duró doce horas. Los holandeses cuentan con razon esta batalla como una victoria suya; pero no pudieron impedir que la escuadra inglesa continuara sus operaciones y debilitaron poco á la francesa que habia procurado no exponerse demasiado.

Entretanto la Holanda fué perdiendo por tierra un punto despues de otro. En pocos dias cayeron en manos del enemigo las plazas de Arnheim, Doesburg, Zutphen, Schenkenschanz, y luego Utrecht y gran número de plazas menores; Nimega capituló despues de una tenaz resistencia; las provincias de Gueldres y de Utrecht ya estaban en poder del rey de Francia; las de Holanda y Zelandia estaban amenazadas, y la del Issel superior (Overisel) habia sido conquistada por los aliados alemanes del francés.

Una tentativa de paz muy humillante, hecha por el gobierno de los Estados generales, fué rechazada por el rey de Francia y solo contribuyó á aumentar el furor siempre creciente de la poblacion contra los regentes de Holanda entonces, y particularmente contra Juan de Witt. En cambio se dirigieron cada vez mas todas las miradas al príncipe Guillermo de Orange como único salvador posible de la república. En todas partes el partido orangista levantó la cabeza y las clases bajas pidieron á gritos la reintegracion del príncipe en las dignidades y cargos de sus mayores. La provincia de Zelandia proclamó estatuder á Guillermo III, y en las ciudades de Holanda, en Dordrecht, la primera de todas, y patria de Witt, se presentó el movimiento tan irresistible, que los Estados de la provincia, cediendo á la opinion impetuosa, decidieron la abolicion del *Edicto Eterno* de 1667, y en 4 de julio de 1672 nombrado Guillermo de Orange estatuder y capitán general de Holanda. Algunos dias despues, en 8 de julio, los Estados generales dieron cima á la obra de la restauracion orangista proclamando á Guillermo capitán general y almirante general vitalicio de la república.

Así se puso Guillermo III á la cabeza del país amenazado de completo aniquilamiento. Luis XIV con sus rápidos triunfos de la campaña de 1672 aceleró la subida de este príncipe, que resultó despues el mas funesto de todos sus adversarios en Europa.

Este joven, hombre de Estado y general, estaba resuelto á no rendirse á su enemigo poderosísimo sin poner en juego toda clase de resistencia. Renunció á las negociaciones de paz en las cuales Luis XIV trataba de imponer las condiciones mas humillantes; y como tampoco dieron resultado sus tentativas para entenderse con su tío Carlos II de Inglaterra, continuó la lucha, en la cual se utilizaron los canales holandeses construidos para las obras de paz, pero que en tiempo de guerra nunca habian desmentido sus servicios. Con una ancha faja de inundacion impidieron los holandeses por lo pronto nuevos avances del enemigo. La guerra quedó paralizada y el rey Luis se volvió á Francia. Pocas

(1) Louvois escribió á Le Tellier en 20 de junio de 1672: *L'armée ennemie... se dissipe tous les jours, tant par la terreur ou sont leurs troupes, que parce que chaque province redemande ce qu'elle paye pour l'employer á sa défense.* (Rousset: *Hist. de Louvois*, tomo I, página 368).

semanas despues, el 20 de agosto, perecieron de un modo horrible Juan de Witt y su hermano Cornelio á manos del pueblo levantado y victorioso; la Holanda, sin embargo, quedó en situacion muy mejorada para emprender nuevas luchas.

Volvamos otra vez la vista, por cierto humillada, á los aliados alemanes que se habian agregado á la expedicion de conquista del rey de Francia.

Al abrir los franceses la campaña en el bajo Rhin, habian principiado la suya el elector de Colonia y el obispo de Munster, penetrando en las provincias de Gueldres y del alto Issel (1). Luis XIV envió á los citados obispos un cuerpo de 1,000 soldados franceses mandados por el mariscal de Luxemburgo que debia tener tambien el mando en jefe de todo el ejército. Esto naturalmente gustó muy poco al obispo Cristóbal Bernardo de Munster, hombre soberbio que mandaba en persona sus tropas y no queria ser gobernado tampoco por nadie en el terreno político; por lo cual tuvo desde el primer momento divergencias con el mariscal francés. El arzobispo de Colonia Maximiliano Enrique, hombre poco guerrero, habia colocado á la cabeza de su contingente al obispo de Estrasburgo, el fiel Furstenberg, que muy pronto tuvo tambien divergencias con su colega de Munster á quien no igualaba en actividad, energía y entusiasmo guerrero. Por eso Cristóbal Bernardo era el alma de toda la campaña, dando mayor peso á su direccion la numerosísima artillería de que disponia, y siendo justamente la campaña en aquella parte una serie de sitios.

Los primeros triunfos fueron tambien allí contundentes. Los aliados ocuparon casi sin resistencia las comarcas mas inmediatas; únicamente la fortaleza fronteriza de Groenlo trató de resistir, pero cuando las fuerzas de Munster bombardearon la plaza, disparando contra ella trescientas bombas en un dia, los habitantes obligaron al comandante de la plaza á capitular. Habiendo evacuado el príncipe de Orange, como queda dicho, su posicion del Issel, los invasores dirigieron sus fuerzas contra Deventer, ciudad muy fortificada y defendida por una fuerte guarnicion. Tanto Luxemburgo como Furstenberg se oponian á la empresa, pero Cristóbal Bernardo, á pesar de este desacuerdo, logró su voluntad y la fortuna le protegió, porque despues de tres dias de bombardeo consiguió en 22 de junio la capitulacion. La guarnicion fué declarada prisionera de guerra; pero respecto de la ciudad se tuvo presente que antiguamente habia sido ciudad libre del imperio y miembro de la liga anseática, y en su consecuencia se declaró su reingreso en el imperio alemán, por lo pronto bajo la soberanía comun de los dos obispos vencedores.

El ejemplo de Deventer produjo su efecto en todo el ámbito de la provincia. Primero se dirigió el enemigo contra Zwoll, la plaza mas fuerte en el alto Issel; pero el ayuntamiento y los vecinos se mostraron decididos á no hacer frente á la temida artillería del obispo de Munster, de suerte que la guarnicion para no caer prisionera de guerra evacuó la plaza en 23 de junio, y Zwoll se rindió bajo iguales condiciones que Deventer.

Con la conquista de estas dos últimas plazas, cuyo ejemplo siguieron luego las demás plazas menores, quedó completada la del alto Issel. El obispo de Munster concibió entonces grandes proyectos y esperanzas, apartándose mas y mas de sus aliados y siguiendo sus inspiraciones y planes indepen-

dientes. A principios del mes de julio convocó á la nobleza del alto Issel á una conferencia para entenderse con ella respecto del porvenir del país, y á los pocos dias quedó establecido un acuerdo, porque muchos de los nobles creyeron hallarse mejor bajo el dominio de un soberano eclesiástico. Por lo demás, tratándose de nobles católicos, contribuyó mucho al arreglo la cuestion religiosa, y respecto de los de religion reformada se les prometió libertad religiosa completa. Así se hizo el singular tratado del 5 de julio de 1672, en el cual la nobleza del alto Issel declaró solemnemente su salida de la union de los Países Bajos, reconociendo por soberano de la provincia al obispo de Munster. Quedó reservada la aprobacion de los demás estamentos, pero como las ciudades de aquel país se hallaban ya en poder del obispo no era de esperar una resistencia seria (2).

El caso era singular. Un prelado alemán belicoso y favorecido por la suerte estaba á punto de agregar á sus territorios una de las provincias de la union holandesa hasta la orilla del Zuiderzée; pero el destino no queria que la fortuna del obispo llegara á tanto.

Luis XIV no estaba muy satisfecho desde un principio de la conducta independiente de su aliado alemán eclesiástico, que si habia obtenido victorias habia sido con auxilio de subsidios franceses, y sus triunfos alcanzados en el alto Issel no habrian sido posibles sin las operaciones simultáneas y decisivas del ejército francés. El rey de Francia se apresuró, pues, á ocupar con guarniciones francesas las importantes plazas de Kampen y de Hasselt que dominan el acceso al Zuiderzée, y en una conferencia con el citado obispo le presentó como regalo una preciosa cruz de diamantes de valor de 25,000 talers, con aviso, conforme le hizo comprender en términos muy enérgicos, de que se reservaba repartir, segun tuviera por conveniente, las conquistas hechas. No reconoció el arreglo hecho con la nobleza del alto Issel; destinó la plaza de Deventer al arzobispo de Colonia y dispuso que la ciudad de Zwoll fuera propiedad de los dos obispos, quedándose al mismo tiempo con el territorio situado entre el Rhin, el Mosa y el Issel y con las plazas á orillas del Zuiderzée. Al obispo Cristóbal Bernardo adjudicó por lo pronto á Bredévoort, Groenlo y Borkelo, con lo que se llegara á conquistar en adelante en las provincias del Norte.

El obispo incansable continuó, no obstante, sus operaciones; pero no pudo realizar su proyectada invasion en la Frisia porque los habitantes abrieron las esclusas é inundaron todo el país. Entonces dirigió el obispo sus esfuerzos á otra parte y emprendió el sitio de la importante fortaleza de Colborden, que despues de sufrir el bombardeo durante una semana capituló el 11 de julio. Quedó, pues, la provincia de Drenthe á merced del vencedor, el cual en seguida se dirigió contra la provincia de Groninga. El elector de Colonia exigió que sus tropas tomaran parte otra vez en las operaciones y conquistas; de suerte que avanzaron con un ejército de 20,000 hombres, y empezaron en 22 de julio el sitio de la bien fortificada capital de Groninga, delante de la cual acabaron los triunfos del belicoso obispo. La ciudad se defendió heroicamente, y bajo la direccion del valiente comandante Rabenhaupt, veterano hessés de la guerra de Treinta años, se unieron la guarnicion, los ciudadanos y los escolares para hacer la resistencia mas desesperada. La mayor parte de la ciudad quedó pronto reducida á escombros, y todavia mucho tiempo despues se enseñaba como objetos

(2) Los estamentos del alto Issel se componian únicamente de la nobleza y de las ciudades Deventer, Kampen y Zwoll que representaban á las demás ciudades (*Diarium Europaeum*, tomo XXV, pág. 22). Dos de estas últimas ciudades habian hecho su paz con el obispo, de suerte que la aprobacion de los estamentos quedó ya perfecta.

(1) Depping: *Historia de la guerra de los obispos de Munster y de Colonia contra la Holanda como aliados de la Francia* (Munster, 1840); véanse tambien las obras mencionadas ya de Ennen y Thucking.